

# La Sierra del Agua

100 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2016)

"Aguas y furtivos de la Sierra"

En: "La Sierra del Agua: 100 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5923-5.

Editorial Universidad de Granada. 386-389



## 86. Aguas y furtivos de la Sierra

Por Antonio Castillo



Zona donde se desarrollaron los hechos que se narran en esta historia. Detalle del Mapa de Antonio de Benavides, 1809 (Centro Geográfico del Ejército)

EL TÍO JOSÉ se levantó de madrugada a avivar las ascuas. Al descorrer el cerrojo de su casucha comprobó con regocijo que apenas se distinguían las siluetas de las carrascas a través de unas nieblas meonas, dulcemente pegadas al suelo. Era el día calmo que esperaba. Preparó sus archiperras de caza y llamó a sus compinches de cortijada. Hacían un grupo cohesionado, que llevaba a rajatabla la discreción, «lo que haga tu mano derecha, que no lo sepa la izquierda».

Llevaban varios días viendo como meterle mano a una punta de cabras que se habían pegado al Puntal de la Escaleruela, unas paredes casi verticales que caen al río Tus, en la raya de Albacete con Jaén. Estaban en la flor de la Navidad y la carne venía bien a orzas y despensas. La batida a lo más áspero era cosa aprendida, porque la habían hecho algunas veces, no muchas, porque las cabras se perdieron de aquellos pagos verticales y llevaban solo algunos años viéndose de nuevo. Dos entrarían pegando cantazos por los filos del Calar del Mundo, mientras que los dos restantes cubrirían con escopetas los cintos más obligados.

Con desagrado, comprobaron que por los altos el día no pintaba tan mal, si bien las nubes acometían espesas de vez en cuando. Llevaban con ese tiempo malo casi una semana, con días anteriores de mucho viento, que es malísimo para la caza. Contaban, aparte de con el desagradable tiempo, con el factor sorpresa, sabedores de que salvo por un chivatazo, por aquellas inmensidades de tajos y piedra caliza no se dejaba ver la autoridad jamás. A poco de empezar el acoso, cumplieron las cabras a los pasos y hubo tiroteo, que retumbó en el encajonado valle. Los tiradores empezaron con el avío de dos cabras cazadas. En esas estaban, cuando tres figuras humanas se recortaron contra el cielo en una pedriza situada a un kilómetro de distancia. La adrenalina les saltó de golpe a la cabeza, y como un acto reflejo se tiraron al suelo. No podían ser los ojeadores, que eran solo dos, y tres personas juntas por aquellas soledades no significaban nada bueno. Afinando la vista creyeron distinguir por las hechuras a dos guardias civiles, si bien comprobaron con alivio que llevaban diferente camino al suyo. No obstante, dejaron caer la tarde, se echaron a la espalda los animales sin piel, patas, cabeza, ni nada que los identificara y enfilaron para los bajos, confiando que igual habrían hecho los otros dos compinches de la partida a la vista del percal.

Al día siguiente temprano aprovecharon unos asuntillos que tenían que resolver en Siles para pegar la oreja. Allí se enteraron de que ese encuentro excepcional se debió a que los guardias andaban buscando a un montañero, con influencias en Madrid, que tenía que haber regresado por Nochebuena. El tercer hombre era un hermano del extraviado. Na-

turalmente, los civiles se dieron cuenta de lo que allí se cocía, pero su objetivo ese día era rastrear un par de cuevas donde podría haberse refugiado el señorito y no perseguir a furtivos. Dio la casualidad que el mismo día que le buscaban, éste dio señales de vida en la Tiná de San Blas. Así pues, felizmente resuelto el asunto que les habían ordenado, los guardias se pusieron a atar cabos con lo de los furtivos. Ya se sabe que la Sierra cuenta muchas cosas, y más si uno se aplica en ello. Al final pusieron nombre a la partida y descubrieron su *modus operandi*. Para ello fueron fundamentales, como casi siempre, los «servicios de información», en este caso el testimonio de un pobre pastor, al que tenían bien apretado a cuenta de ciertos tejemanejes, de los que hacían la vista gorda para tenerlo como confidente ocasional.

La fuente del Lanchar se situaba al pie de un cerrón calizo, del que recibía poca agua, pero firme. Estaba en despoblado, si bien algunas ruinas mostraban que en su tiempo aquello estuvo habitado. El nacimiento de un arroyo cercano, cortejado por una modesta vega, había acogido la escasa población diseminada por aquellos pagos. Se trataba de un ramillete de casuchas, apretadas en un carasol de grandes carrascas. De la fuente del Lanchar solo quedaba un pilón para el abrevado ocasional del ganado y una antigua piedra de lavar. Una vereda bien marcada pasaba por la fuente, para ascender en continuos requiebros hacia los altos calares, senda que era utilizada desde tiempo inmemorial por pastores trashumantes venidos de la Mancha a finales de la primavera. Unos estratos horizontales, a modo de grandes losas, habían sido utilizados como saliegas, mientras que unas exultantes praderas de ortigas mostraban que aquel lugar abonado era descansadero ocasional de ganado.

Por la vereda de los calares se dejaron caer a la fuente dos hombres que parecían pastores. Tras liar un cigarro y comprobar disimuladamente que nadie les observaba, se aplicaron como perros pachones a escudriñar el pilón del agua, donde encontraron unas manchas oscuras, que identificaron como sangre. Poco a poco fueron ampliando el radio de sus pesquisas, como el que busca algo perdido. A uno de ellos le llamó la atención un pequeño reguero seco por encima de la fuente, con señales de haber funcionado como manadero ocasional en aguas altas, lo que en aquellos contornos se conocía como

una jordana. Lo remontó hasta llegar a lo que parecía el nacimiento, que aparecía disimuladamente tapado con peñones. En la oquedad encontraron un saco de pleita, que contenía dos pellizas que olían a chotuno, cuya parte interior había sido forrada. El apaño era de lo más ingenioso, la parte externa de cuero para andar por la Sierra sin despertar sospechas, y la interna de hule para transportar a la espalda el bicho que fuera menester.

Ya no era necesario indagar más, en ese momento había empezado la cacería de los furtivos. El pastor, siempre alguien pegado al terreno, les había puesto en la pista. «La junta, ya oscuro, era en la fuente, donde se aseaban y escondían lo que les comprometía, carne y armas».

Ya solo era cuestión de esperar a que se presentara nueva ocasión. En primavera criaban algunas cabras en lo más inhóspito de aquellas repisas y precipicios del estrecho del Diablo del río Tus. Antes de que se presentaran por allí los pastores de Sierra Morena y la Mancha salieron a dar otra batida. Avisados de los tiros, una pareja de civiles se dirigieron a tiro fijo a últimas horas de la tarde a hacer apostadero. No quisieron ponerse en la fuente, por preservar al delator, y buscaron un paso estrecho en la vereda que bajaba de los calares del cielo. Como esperaban, ya oscuro sintieron ruido de personas que se acercaban a paso ligero y resueltas. Pegados a la piedra esperaron a ver las pruebas del delito (eran dos, y uno de ellos llevaba un choto a la espalda) y entonces les echaron la luz al grito de ¡Alto a la guardia civil!

Pero eran épocas de necesidad. Los civiles no les tenían muchas ganas a ese tipo de faltas si las personas eran discretas, no abusaban y la caza se había llevado a cabo en terreno libre de derechos. Les citaron al día siguiente en el cuartel y los dejaron partir esa noche. Por la punta, les requisaron solo una de las dos escopetas (en aquellos tiempos del hambre, quitar un arma suponía un severo castigo), y les advirtieron de que en adelante se abstuvieran de cazar en época de cría, y menos cabras preñadas y chivos de menos del año. Desde entonces, la fuente del Lanchar fue conocida por los del terreno como la del Choto o de los Furtivos. Y como esa historia, o muy parecida, se han dado varias por estas sierras, que todavía quedan algunas personas que pueden dar fe de ello, aunque quizás prefieran guardar silencio.

